

LOS EJERCICIOS Y LA VERITATIS SPLENDOR DE SAN JUAN PABLO II

Se trata del documento de doctrina moral más importante de todo el magisterio de la Iglesia.

En la presentación de su libro, «La encíclica *Veritatis Splendor*, su actualidad treinta años después»¹ el padre Miguel Ángel Fuentes decía:

«A 30 años de su publicación (6 de agosto 1993 – 2023), la encíclica *Veritatis Splendor*, de san Juan Pablo II, no solo conserva toda su vigencia, sino que parece más actual que nunca.

Este libro rinde un humilde homenaje a ese gran hito magisterial. Deseamos que todos los fieles católicos puedan beneficiarse de las luces de la doctrina del Pontífice que tantos llaman, con justicia, «magno». Los momentos que vivimos exigen dar el merecido relieve a este escrito, el más importante en doctrina moral de todo el magisterio de la Iglesia, porque en nuestros días los temas allí tratados han vuelto a montarse sobre la cresta de la ola. Las teorías confutadas -de modo definitivo- hace tres décadas, han retomado la voz cantante entre teólogos y pastores, gracias al patrocinio de la prensa y de aquel sector de la intelectualidad al que los dueños de la opinión pública permiten graznar libremente. Es, por tanto, urgente volver a estudiar este documento, buscando entenderlo, profundizarlo y divulgarlo».

Videos del P. Fuentes: <https://youtu.be/0cPES0vjx9Q>

Dice el papa San Juan Pablo II dos años después de la publicación de la encíclica:

«En las encíclicas *Veritatis splendor* y *Evangelium vitae*, como también en la carta apostólica *Ordinatio sacerdotalis*, he querido volver a proponer la doctrina constante de la fe de la Iglesia, con un acto de ratificación de verdades claramente atestiguadas por la Escritura, por la Tradición apostólica y por la enseñanza unánime de los pastores. Tales declaraciones, en virtud de la autoridad transmitida al Sucesor de Pedro de *confirmar a los hermanos (Lc 22,32)*, expresan por consiguiente la común certeza presente en la vida y en la enseñanza de la Iglesia»².

«Es la primera vez que el Magisterio de la Iglesia expone con cierta amplitud los elementos fundamentales de esa doctrina, presentando las razones del discernimiento pastoral necesario en situaciones prácticas y culturales complejas y hasta críticas.

(...) Cada uno de nosotros puede advertir la gravedad de cuanto está en juego, no sólo para cada persona sino también para toda la sociedad, con la *reafirmación de la universalidad e inmutabilidad de los mandamientos morales* y, en particular, de aquellos que prohíben siempre y sin excepción los *actos intrínsecamente malos*»³.

¹ Comprar en Argentina: <https://www.edive.com.ar/formacion/la-enciclica-veritatis-splendor-su-actualidad-treinta-anos-despues/> En Amazon: [Aquí](#) -- En Goodreads: [Aquí](#)

² JUAN PABLO II, *Discurso a la asamblea plenaria de la Congregación para la doctrina de la fe*, 24 de noviembre de 1995, 5-6.

³ SAN JUAN PABLO II, *Veritatis Splendor*, 115.

1 - LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES Y LA ENCÍCLICA

La verdad en los Ejercicios Espirituales

«El esplendor de la verdad brilla en todas las obras del Creador y, de modo particular, en el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios (cf. **Gn 1, 26**), pues la verdad ilumina la inteligencia y modela la libertad del hombre, que de esta manera es ayudado a conocer y amar al Señor. Por esto el salmista exclama: “*¡Alza sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor!*”. (**Sal 4, 7**)»⁴.

Empieza hablando sobre la importancia de la verdad. De hecho es una encíclica de moral, pero el título está dado por “esplendor de la Verdad”, porque afirma el papa una y otra vez cómo la libertad en este mundo moderno ha quedado apartada de la Verdad.

Tenemos la gracia de conocer los Santos Ejercicios, y dentro de esto tenemos la gracia de conocer la verdad que ellos nos expresan. O sea Nuestro Señor Jesucristo nos ha dejado su Iglesia, y el Magisterio de la Iglesia con la Escritura y con la Tradición son lo que nos marcan la verdad. Los Ejercicios, si bien no son parte del Magisterio, han sido ratificados por él más de 700 veces. Por eso podemos acercarnos a ellos con muchísima confianza.

Dice el papa sobre los hombres:

«...y se santifican “obedeciendo a la verdad”. (**1 P 1, 22**)

Mas esta obediencia no siempre es fácil. (...)

Pero las tinieblas del error o del pecado no pueden eliminar totalmente en el hombre la luz de Dios creador. Por esto, siempre permanece en lo más profundo de su corazón la nostalgia de la verdad absoluta y la sed de alcanzar la plenitud de su conocimiento. Lo prueba de modo elocuente la incansable búsqueda del hombre en todo campo o sector. Lo prueba aún más su búsqueda del *sentido de la vida*»⁵.

Esta doctrina del papa está en los ejercicios por el hecho de que san Ignacio está suponiendo la verdad de que la naturaleza humana está *caída* por el pecado, pero no está *corrompida*. Hay entonces en el ser humano una gran esperanza en su capacidad para conocer la verdad movido por la gracia para llegar a ella. Unirse a Dios, salvarse, hacerse santo.

El documento, comentaba el Card. Ratzinger, consta de 3 partes, una es esta, que gira en torno a la pregunta moral⁶.

Para Ratzinger «la pregunta del joven rico a Jesús constituye el hilo conductor de toda la encíclica»⁷.

«Capítulo I: “Maestro, ¿Qué he de hacer de bueno para heredar la vida eterna?” (Mt 19,16)

(...) una pregunta esencial e ineludible para la vida de todo hombre, pues se refiere al bien moral que hay que practicar y a la vida eterna»⁸.

⁴ SAN JUAN PABLO II, *Veritatis Splendor*. párrafo introductorio.

⁵ *Ibidem*, 1.

⁶ RATZINGER, *Presentación*, en: AA.VV., *Veritatis splendor. Testo integrale con commento filosofico-teologico tematico*, San Paolo, Torino (1994), 5-9.

⁷ *Ibid*, 6.

⁸ SAN JUAN PABLO II, *Veritatis Splendor*, 8.

«En el joven, que el evangelio de Mateo no nombra, podemos reconocer a *todo hombre que*, conscientemente o no, se acerca a Cristo, redentor del hombre, y le formula la pregunta moral»⁹.

Podemos decir también nosotros que al acercarnos a los santos Ejercicios, ya sea de manera explícita o no estamos haciéndole al Señor esa pregunta: ¿qué puedo hacer Señor para alcanzar la vida eterna?

Los Ejercicios justamente comienzan diciéndonos esto:

El Principio y Fundamento

[23] El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su ánima; y las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado.

Ésta es la respuesta al sentido de la vida, la respuesta que nos marca el rumbo para llegar a la vida eterna. Pero esa respuesta que nos da San Ignacio implica tener la claridad de que solamente la puede dar Dios, y es lo que hace Nuestro Señor con el joven rico.

Sólo Dios puede dar esa respuesta

«Jesús dice: “¿Por qué me preguntas acerca de lo bueno? Uno solo es el Bueno”. (...) En las versiones de los evangelistas Marcos y Lucas la pregunta es formulada así: “¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios”.

Antes de responder a la pregunta, Jesús quiere que el joven se aclare a sí mismo el motivo por el que lo interpela. El “Maestro bueno” indica a su interlocutor —y a todos nosotros— que la respuesta a la pregunta, “¿qué he de hacer de bueno para conseguir la vida eterna?”, sólo puede encontrarse dirigiendo la mente y el corazón al único que es Bueno: “*Nadie es bueno sino sólo Dios*” (**Mc 10, 18; cf. Lc 18, 19**). *Sólo Dios puede responder a la pregunta sobre el bien, porque él es el Bien*. En efecto, *interrogarse sobre el bien significa, en último término, dirigirse a Dios*, que es plenitud de la bondad. Jesús muestra que la pregunta del joven es, en realidad, una *pregunta religiosa* y que la bondad, que atrae y al mismo tiempo vincula al hombre, tiene su fuente en Dios, más aún, es Dios mismo: el Único que es digno de ser amado “*con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente*” (**cf. Mt 22, 37**)»¹⁰.

«La Iglesia (...) cree que el hombre (...) tiene como *fin último* de su vida *ser “alabanza de la gloria” de Dios* (**cf. Ef 1, 12**), haciendo así que cada una de sus acciones refleje su esplendor. “Conócete a ti misma, alma hermosa: tú eres *la imagen de Dios* —escribe san Ambrosio—. Conócete a ti mismo, hombre: tú eres la gloria de Dios (**1 Co 11, 7**)»¹¹.

Lo moral...

«El interlocutor de Jesús intuye que hay una conexión entre el bien moral y el pleno cumplimiento del propio destino»¹².

⁹ Ibidem, 7.

¹⁰ Ibidem, 9.

¹¹ *Exameron*, dies VI, sermo IX, 8, 50: CSEL 32, 241 en SAN JUAN PABLO II, *Veritatis Splendor 10*.

¹² SAN JUAN PABLO II, *Veritatis Splendor*, 8.

«No sólo el mundo, sino también *el hombre mismo ha sido confiado a su propio cuidado y responsabilidad*. Dios lo ha dejado “*en manos de su propio albedrío*” (**Si 15, 14**), para que busque a su creador y alcance libremente la perfección.

(...) El Concilio, no obstante, llama la atención ante un falso concepto de autonomía de las realidades terrenas: el que considera que “*las cosas creadas no dependen de Dios y que el hombre puede utilizarlas sin hacer referencia al Creador*”¹³. De cara al hombre, semejante concepto de autonomía produce efectos particularmente perjudiciales, asumiendo en última instancia un carácter ateo: “*Pues sin el Creador la criatura se diluye... Además, por el olvido de Dios la criatura misma queda oscurecida*”¹⁴.

Por eso San Ignacio nos marca en el Principio y Fundamento el fin: Dios, pero inmediatamente nos pone ciertas reglas, ciertas normas para llegar a ese Dios. Todo eso es moral pura. No podemos llegar al fin para el cual hemos sido creados si no tenemos en cuenta lo moral, la moralidad de los actos, el bien y el mal.

[23] (...) De donde se sigue, que el hombre tanto ha de usar dellas, quanto le ayudan para su fin, y tanto debe quitarse dellas, quanto para ello le impiden. Por lo cual es menester hacernos indiferentes a todas las cosas criadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío, y no le está prohibido; en tal manera que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y por consiguiente en todo lo demás; solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados.

«*La vida moral se presenta como la respuesta* debida a las iniciativas gratuitas que el amor de Dios multiplica en favor del hombre. Es una *respuesta de amor*, según el enunciado del mandamiento fundamental que hace el *Deuteronomio*: “*Escucha, Israel: el Señor es nuestro Dios, el Señor es uno solo. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza*”¹⁵.

«*Reconocer al Señor como Dios es el núcleo fundamental, el corazón de la Ley*, del que derivan y al que se ordenan los preceptos particulares»¹⁶.

El papa trata sobre el pecado. En los ejercicios también tiene esta parte, durante la primera semana, donde habla y nos deja en claro la gravedad del pecado, todo lo que implica purificarnos, arrepentirnos, confesarnos.

2 – LO TRASCENDENTAL DE JESUCRISTO (2º, 3º Y 4º SEMANA DE LOS EJERCICIOS)

«*Es necesario que el hombre de hoy se dirija nuevamente a Cristo para obtener de Él la respuesta sobre lo que es bueno y lo que es malo*. Él es el Maestro, el Resucitado que tiene en sí mismo la vida y que está siempre presente en su Iglesia y en el mundo. Es Él quien desvela a los fieles el libro de las Escrituras y, revelando plenamente la voluntad del Padre, enseña la verdad sobre el obrar moral. Fuente y culmen de la economía de la salvación, Alfa y Omega de la historia humana (**cf. Ap 1, 8; 21, 6; 22, 13**), Cristo revela la condición del hombre y su vocación integral. Por esto, “*el hombre que quiere comprenderse hasta el fondo a sí mismo —y no sólo según pautas*

¹³ *Gaudium et Spes*, 36.

¹⁴ *Gaudium et Spes*, 36 en SAN JUAN PABLO II, *Veritatis Splendor*, 39.

¹⁵ SAN JUAN PABLO II, *Veritatis Splendor*, 10.

¹⁶ *Ibidem*, 11.

y medidas de su propio ser, que son inmediatas, parciales, a veces superficiales e incluso aparentes—, debe, con su inquietud, incertidumbre e incluso con su debilidad y pecaminosidad, con su vida y con su muerte, acercarse a Cristo. Debe, por decirlo así, entrar en Él con todo su ser, debe *apropiarse* y asimilar toda la realidad de la Encarnación y de la Redención para encontrarse a sí mismo. Si se realiza en él este hondo proceso, entonces da frutos no sólo de adoración a Dios, sino también de profunda maravilla de sí mismo»¹⁷.

Mandamientos, gracia...

«**“Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos” (Mt 19, 17).** (...) De este modo, se enuncia *una estrecha relación entre la vida eterna y la obediencia a los mandamientos de Dios*: los mandamientos indican al hombre el camino de la vida eterna y a ella conducen. Por boca del mismo Jesús, nuevo Moisés, los mandamientos del Decálogo son nuevamente dados a los hombres; él mismo los confirma definitivamente y nos los propone como camino y condición de salvación»¹⁸.

Libertad...

«Los mandamientos constituyen, pues, la condición básica para el amor al prójimo y al mismo tiempo son su verificación. Constituyen la *primera etapa necesaria en el camino hacia la libertad*, su inicio. “La primera libertad —dice san Agustín— consiste en estar exentos de crímenes..., como serían el homicidio, el adulterio, la fornicación, el robo, el fraude, el sacrilegio y pecados como éstos. Cuando uno comienza a no ser culpable de estos crímenes (y ningún cristiano debe cometerlos), comienza a alzar los ojos a la libertad, pero esto no es más que el inicio de la libertad, no la libertad perfecta...”¹⁹.

Corresponde a la primer semana de los Ejercicios.

Algo más... humildad... (3 maneras de humildad)

«(...) Jesús, en su última respuesta, se refiere a esa conciencia de que aún falta algo: comprendiendo la nostalgia de una plenitud que supere la interpretación legalista de los mandamientos, el Maestro bueno invita al joven a emprender el camino de la perfección: “*Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven, y sígueme*”. (Mt 19, 21)

San Ignacio nos hace entender en Dos Banderas la importancia del desapego de los bienes, pero si Jesús nos lo pidiera también el no tener bienes. Nos lleva a ese “más” del sermón de la montaña.

Al igual que el fragmento anterior, también éste debe ser leído e interpretado en el contexto de todo el mensaje moral del Evangelio y, especialmente, en el contexto del Sermón de la montaña, de las bienaventuranzas (cf. Mt 5, 3-12), la primera de las cuales es precisamente la de los pobres, los “pobres de espíritu”, como precisa san Mateo (Mt 5, 3), esto es, los humildes. En este sentido, se puede decir que también las bienaventuranzas pueden ser encuadradas en el amplio espacio que se abre con la respuesta que da Jesús a la pregunta del joven: “¿qué he de hacer de bueno para conseguir la vida eterna?”. En efecto, cada bienaventuranza, desde su

¹⁷ *Redemptor hominis* 10 en *Veritatis Splendor*, 8.

¹⁸ SAN JUAN PABLO II, *Veritatis Splendor*, 12.

¹⁹ *Iohannis Evangelium Tractatus*, 41, 9-10: CCL 36, 363 en *Veritatis Splendor*, 13.

propia perspectiva, promete precisamente aquel *bien* que abre al hombre a la vida eterna; más aún, que es la misma vida eterna»²⁰.

«La perfección exige aquella madurez en la entrega de sí mismo a la que está llamada la libertad del hombre»²¹

Lo que más...

El Señor en el sermón de la montaña nos pide dar más, como en los Ejercicios.

Los mandamientos no son limitaciones. Si los entendemos así estamos viviendo todavía según la carne, de una manera legalista. Los mandamientos son ese camino que me lleva a la Vida.

«Quien “vive según la carne” siente la ley de Dios como un peso, más aún, como una negación o, de cualquier modo, como una restricción de la propia libertad. En cambio, quien está movido por el amor y “vive según el Espíritu” (**Ga 5, 16**), y desea servir a los demás, encuentra en la ley de Dios el camino fundamental y necesario para practicar el amor libremente elegido y vivido. Más aún, siente la urgencia interior —una verdadera y propia *necesidad*, y no ya una constricción— de no detenerse ante las exigencias mínimas de la ley, sino de vivirlas en su *plenitud*. Es un camino todavía incierto y frágil mientras estemos en la tierra, pero que la gracia hace posible al darnos la plena “libertad de los hijos de Dios” (cf. **Rm 8, 21**) y, consiguientemente, la capacidad de poder responder en la vida moral a la sublime vocación de ser “hijos en el Hijo”»²².

Llama a todos...

«Esta vocación al amor perfecto no está reservada de modo exclusivo a una élite de personas. *La invitación*: “anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres”, junto con la promesa: “tendrás un tesoro en los cielos”, *se dirige a todos*, porque es una radicalización del mandamiento del amor al prójimo. De la misma manera, la siguiente invitación: “ven y sígueme”, es la nueva forma concreta del mandamiento del amor a Dios. Los mandamientos y la invitación de Jesús al joven rico están al servicio de una única e indivisible caridad, que espontáneamente tiende a la perfección, cuya medida es Dios mismo: “Vosotros, pues, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial” (**Mt 5, 48**). En el evangelio de Lucas, Jesús precisa aún más el sentido de esta perfección: “Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso” (**Lc 6, 36**)»²³.

En los Ejercicios Cristo nos llama también en el llamamiento del Rey Eternal.

Todos pero sobre todo...

«Es Jesús mismo quien toma la iniciativa y llama a seguirle. La llamada está dirigida sobre todo a aquellos a quienes confía una misión particular, empezando por los Doce; pero también es cierto que la condición de todo creyente es ser discípulo de Cristo (cf. **Hch 6, 1**). Por esto, *seguir a Cristo es el fundamento esencial y original de la moral cristiana*: como el pueblo de Israel seguía a Dios, que lo guiaba por el desierto hacia la tierra prometida (cf. **Ex 13, 21**), así el discípulo debe seguir a Jesús, hacia el cual lo atrae el mismo Padre (cf. **Jn 6, 44**)»²⁴.

²⁰ SAN JUAN PABLO II, *Veritatis Splendor*, 16.

²¹ SAN JUAN PABLO II, *Veritatis Splendor*, 17.

²² SAN JUAN PABLO II, *Veritatis Splendor*, 18.

²³ *Ibidem*.

²⁴ *Ibidem* 19.

Jesucristo (llamada de Cristo Rey)

«No se trata aquí solamente de escuchar una enseñanza y de cumplir un mandamiento, sino de algo mucho más radical: *adberirse a la persona misma de Jesús*, compartir su vida y su destino, participar de su obediencia libre y amorosa a la voluntad del Padre. El discípulo de Jesús, siguiendo, mediante la adhesión por la fe, a aquél que es la Sabiduría encarnada, se hace verdaderamente *discípulo de Dios* (cf. **Jn 6, 45**).

«(...) El modo de actuar de Jesús y sus palabras, sus acciones y sus preceptos constituyen la regla moral de la vida cristiana. En efecto, estas acciones suyas y, de modo particular, el acto supremo de su pasión y muerte en la cruz, son la revelación viva de su amor al Padre y a los hombres. Éste es el amor que Jesús pide que imiten cuantos le siguen. Es *el mandamiento "nuevo"*: "Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros" (**Jn 13, 34-35**)»²⁵.

Para Dios no hay nada imposible

«La conclusión del coloquio de Jesús con el joven rico es amarga: "Al oír estas palabras, el joven se marchó entristecido, porque tenía muchos bienes" (**Mt 19, 22**). No sólo el hombre rico, sino también los mismos discípulos se asustan de la llamada de Jesús al seguimiento, cuyas exigencias superan las aspiraciones y las fuerzas humanas: "Al oír esto, los discípulos, llenos de asombro, decían: "Entonces, ¿quién se podrá salvar?" (**Mt 19, 25**). Pero el Maestro pone ante los ojos el poder de Dios: "**Para los hombres eso es imposible, mas para Dios todo es posible**" (**Mt 19, 26**)»²⁶.

«Pero si Dios es el Bien, ningún esfuerzo humano, ni siquiera la observancia más rigurosa de los mandamientos, logra *cumplir* la Ley, es decir, reconocer al Señor como Dios y tributarle la adoración que a Él solo es debida (cf. **Mt 4, 10**). El "cumplimiento" puede lograrse sólo como un don de Dios: es el ofrecimiento de una participación en la bondad divina que se revela y se comunica en Jesús»²⁷.

«Resumiendo lo que constituye el núcleo del mensaje moral de Jesús y de la predicación de los Apóstoles, y volviendo a ofrecer en admirable síntesis la gran tradición de los Padres de Oriente y de Occidente —en particular san Agustín²⁸—, santo Tomás afirma que *la Ley nueva es la gracia del Espíritu Santo dada mediante la fe en Cristo*»²⁹.

«Imitar y revivir el amor de Cristo no es posible para el hombre con sus solas fuerzas. Se hace *capaz de este amor sólo gracias a un don recibido*»³⁰.

«El amor y la vida según el Evangelio no pueden proponerse ante todo bajo la categoría de precepto, porque lo que exigen supera las fuerzas del hombre. Sólo son posibles como fruto de un don de Dios, que sana, cura y transforma el corazón del hombre por medio de su gracia: "Porque la ley fue dada por medio de Moisés; la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo" (**Jn 1, 17**).

²⁵ Ibidem 20.

²⁶ Ibidem 22.

²⁷ Ibidem 11.

²⁸ Cf. *De spiritu et littera*, 21, 36; 26, 46: CSEL 60, 189-190; 200-201.

²⁹ SAN JUAN PABLO II, *Veritatis Splendor*, 24.

³⁰ Ibidem 22.

Por esto, la promesa de la vida eterna está vinculada al don de la gracia, y el don del Espíritu que hemos recibido es ya “*prenda de nuestra herencia*” (Ef 1, 14)³¹.

Discernimiento...

Todo está en los Ejercicios Espirituales...

«Al dirigirme con esta encíclica a vosotros, hermanos en el episcopado, deseo enunciar los principios necesarios para el *discernimiento de lo que es contrario a la “doctrina sana”*, recordando aquellos elementos de la enseñanza moral de la Iglesia que hoy parecen particularmente expuestos al error, a la ambigüedad o al olvido»³².

«Precisamente sobre los interrogantes que caracterizan hoy la discusión moral y en torno a los cuales se han desarrollado nuevas tendencias y teorías, el Magisterio, en fidelidad a Jesucristo y en continuidad con la tradición de la Iglesia, siente más urgente el deber de ofrecer el propio discernimiento y enseñanza, para ayudar al hombre en su camino hacia la verdadera libertad»³³.

En esta encíclica el papa nos enseña a caminar en la luz de la verdad. A vivir de la fe. La fe implica también la moral. También tiene autoridad el Magisterio, siguiendo a la Sagrada Escritura y a la Tradición, para decirnos qué está bien y qué está mal. En este sentido vivir la fe es vivir la coherencia con la fe que profesamos. Hay que profesarla, confesarla. Los Ejercicios nos ayudan mucho a vivir la coherencia de la fe. En Tres Binarios no permite que nos engañemos.

La encíclica nos pone en la encrucijada de vivir bajo la luz de la Verdad, estar dispuestos a morir por Cristo (al martirio), y en definitiva también a estar dispuestos a crucificarnos por Cristo, a vivir la Cruz.

Las teorías morales nuevas erradas niegan la cruz de Cristo.

En definitiva nos dicen que no hay que dar la vida por Cristo, no hay que cargar con la cruz del Señor, es evadirse de la Cruz de Cristo; no piden a nadie conversión...

Hay actos intrínsecamente malos. Tenemos preceptos positivos, por ejemplo “ir a misa los domingos” que tienen excepciones. Pero los preceptos negativos, por ejemplo “no matar a un inocente” es algo siempre mandado por Dios. Son actos intrínsecamente malos que no hay circunstancia que los cambie. La “nueva” moral lo que hace es aplicar estas excepciones de los preceptos positivos a los preceptos que son negativos, lo cual es un error. Así la anticoncepción o la fornicación o el aborto “en ciertas circunstancias dejarían de ser pecado”. No. Eso es un error. Esos actos son intrínsecamente malos. Justamente por eso a veces seguir al Señor implica cargar con una cruz, que a veces es muy grande. Y también llegado el caso implican el martirio.

³¹ Ibidem 23.

³² Ibidem 30.

³³ Ibidem 27.

« Capitulo III: "Para no desvirtuar la cruz de cristo" (1 Cor 1,17):**El bien moral para la vida de la Iglesia y del mundo**

(...) Concretamente, *en Jesús crucificado* la Iglesia encuentra la respuesta al interrogante que atormenta hoy a tantos hombres: cómo puede la obediencia a las normas morales universales e inmutables respetar la unicidad e irrepetibilidad de la persona y no atentar a su libertad y dignidad. La Iglesia hace suya la conciencia que el apóstol Pablo tenía de la misión recibida: *“Me envió Cristo... a predicar el Evangelio. Y no con palabras sabias, para no desvirtuar la cruz de Cristo...; nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios” (1 Co 1, 17. 23-24)*. Cristo crucificado revela el significado auténtico de la libertad, lo vive plenamente en el don total de sí y llama a los discípulos a tomar parte en su misma libertad»³⁴.

Crucificarme con Cristo cuando cumplir los mandamientos me lo pide es vivir la plena libertad. En los ejercicios durante toda la tercera semana aprendemos a cargar la Cruz. Y tenemos claramente la propuesta de morir por amor al Señor en *Tres Maneras de Humildad*. La primera morir antes de cometer pecado mortal, la segunda morir antes de cometer pecado venial. La tercera, que es la perfectísima, es abrazarnos totalmente a la Cruz del Señor al margen de si morimos o no: primero la Cruz, segundo la Cruz, tercero la Cruz.

Lo que propone la nueva moral es que no haya mártires: “según las circunstancias los mandamientos podrían interpretarse de otra manera” (típico segundo binario, donde “acomodo” la Voluntad de Dios a la mía), eso anula la posibilidad de morir por Dios, elimina el martirio.

El martirio

¿hay que ser mártires hoy? ¿puede ser que se lo exija Dios a unos pocos y a otros no/nada?

«El no poder aceptar las teorías éticas “teleológicas”, “consecuencialistas” y “proporcionalistas” que niegan la existencia de normas morales negativas relativas a comportamientos determinados y que son válidas sin excepción, halla una confirmación particularmente elocuente en el hecho del martirio cristiano, que siempre ha acompañado y acompaña la vida de la Iglesia»³⁵.

«En el martirio, como confirmación de la inviolabilidad del orden moral, resplandecen la santidad de la ley de Dios y a la vez la intangibilidad de la dignidad personal del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios.

(...) El martirio demuestra como ilusorio y falso todo *significado humano* que se pretendiese atribuir, aunque fuera en condiciones *excepcionales*, a un acto en sí mismo moralmente malo; más aún, manifiesta abiertamente su verdadero rostro: el de una *violación de la “humanidad” del hombre*, antes aún en quien lo realiza que no en quien lo padece»³⁶.

«(...) Semejante testimonio tiene un valor extraordinario a fin de que no sólo en la sociedad civil sino incluso dentro de las mismas comunidades eclesiales no se caiga en la crisis más

³⁴ SAN JUAN PABLO II, *Veritatis Splendor*, 85.

³⁵ *Ibidem* 90.

³⁶ *Ibidem* 92.

peligrosa que puede afectar al hombre: la *confusión del bien y del mal*, que hace imposible construir y conservar el orden moral de los individuos y de las comunidades»³⁷.

Maternidad o intransigencias:

Es Madre la Iglesia al ser intransigente.

«La doctrina de la Iglesia, y en particular su firmeza en defender la validez universal y permanente de los preceptos que prohíben los actos intrínsecamente malos, es juzgada no pocas veces como signo de una intransigencia intolerable, sobre todo en las situaciones enormemente complejas y conflictivas de la vida moral del hombre y de la sociedad actual. Dicha intransigencia estaría en contraste con la condición maternal de la Iglesia. Ésta —se dice— no muestra comprensión y compasión. Pero, en realidad, la maternidad de la Iglesia no puede separarse jamás de su misión docente, que ella debe realizar siempre como esposa fiel de Cristo, que es la verdad en persona: “Como Maestra, no se cansa de proclamar la norma moral... De tal norma la Iglesia no es ciertamente ni la autora ni el árbitro. En obediencia a la verdad que es Cristo, cuya imagen se refleja en la naturaleza y en la dignidad de la persona humana, la Iglesia interpreta la norma moral y la propone a todos los hombres de buena voluntad, sin esconder las exigencias de radicalidad y de perfección”. (Familiaris Consortio)

En realidad, la verdadera comprensión y la genuina compasión deben significar amor a la persona, a su verdadero bien, a su libertad auténtica. Y esto no se da, ciertamente, escondiendo o debilitando la verdad moral, sino proponiéndola con su profundo significado de irradiación de la sabiduría eterna de Dios, recibida por medio de Cristo, y de servicio al hombre, al crecimiento de su libertad y a la búsqueda de su felicidad»³⁸.

«El Papa Pablo VI ha escrito: “No disminuir en nada la doctrina salvadora de Cristo es una forma eminente de caridad hacia las almas. Pero ello ha de ir acompañado siempre con la paciencia y la bondad de la que el Señor mismo ha dado ejemplo en su trato con los hombres. Al venir no para juzgar sino para salvar (cf. Jn 3, 17), Él fue ciertamente intransigente con el mal, pero misericordioso hacia las personas”»³⁹.

3 - CONCLUSIÓN

María Madre de misericordia

«Comprende al hombre pecador y lo ama con amor de Madre. Precisamente por esto se pone de parte de la verdad y comparte el peso de la Iglesia en el recordar constantemente a todos las exigencias morales. Por el mismo motivo, no acepta que el hombre pecador sea engañado por quien pretende amarlo justificando su pecado, pues sabe que, de este modo, se vaciaría de contenido el sacrificio de Cristo, su Hijo. Ninguna absolución, incluso la ofrecida por complacientes doctrinas filosóficas o teológicas, puede hacer verdaderamente feliz al hombre: sólo la cruz y la gloria de Cristo resucitado pueden dar paz a su conciencia y salvación a su vida.

³⁷ Ibidem 93.

³⁸ Ibidem 95.

³⁹ Idem.

María, Madre de misericordia,
cuida de todos para que no se haga inútil
la cruz de Cristo,
para que el hombre
no pierda el camino del bien,
no pierda la conciencia del pecado
y crezca en la esperanza en Dios,
“rico en misericordia” (**Ef2, 4**),
para que haga libremente las buenas obras
que él le asignó (**cf. Ef2, 10**)
y, de esta manera, toda su vida
sea “un himno a su gloria” (**Ef1, 12**)⁴⁰.

*Dado en Roma, junto a san Pedro, el 6 de agosto —fiesta de la Transfiguración del Señor—
del año 1993, décimo quinto de mi Pontificado.*

... Ave María y adelante.

⁴⁰ Ibidem 120.